

Carta a los Reyes

Majestades:

En lo más hondo del ser humano existe siempre una serie de anhelos, inconscientes a veces, que imprimen una especial energía al hecho de vivir, ilusionándonos e impulsándonos a la búsqueda de las metas, situaciones o cosas que representan y que se nos muestran como deseables. De ahí que, con las lógicas variantes de cada país, se haya institucionalizado la fiesta de la Ilusión, que viene a ser algo parecido al día Universal de la Felicidad.

Y resulta normal, cotidiano, que en esta ocasión los seres con más capacidad de ilusión —los niños—, se dirijan a vosotros en súplica del maravilloso regalo de ver realizados sus deseos. Lo extraordinario es que el hombre maduro, serio, por muchas ilusiones que en su interior albergue, se decida a rogarnos la materialización de ellas; no tanto porque no crea en vuestra capacidad para concederlas, o en vuestra propia existencia, como

por el hecho de exponer a la luz pública, de exteriorizar, pretensiones ingenuas, pueriles, no coincidentes con el concepto de madurez segregado por la sociedad, y cuyo descubrimiento por los demás, le produciría más sonrojo que cualquier otra apetencia inconfesable y amoral.

Naturalmente que puesto a escribir, por cualquier circunstancia, esa carta insólita, este hombre expresaría como deseos esos que se concretan en los grandes ideales colectivos, dignos de figurar en cualquier antología de la grandilocuencia decimonónica: la paz del mundo, la abundancia de bienes para todos, la fraternidad e igualdad del género humano. Y sin dejar de ser sincero, pues son temas que todo hombre medio inteligente y de buena voluntad suscribiría, no por ello sería menos hipócrita; porque en lo más profundo de su «psique», soterradamente, quedaría pugnando por fluir a la superficie un caudal de ensueños

irrealizables y frustrados: tal vez, como Fausto, regresar a la juventud perdida; quizás, como Dante, sentir de nuevo la emoción indefinible producida por la furtiva y fugaz sonrisa de Beatriz; posiblemente, como D. Quijote, iniciar una aventura por los resechos caminos de Castilla...; o, con mas frecuencia, las mil y una menudencias que conforman la trama del diario vivir.

En un cuentecillo que hace años escribí, vosotros, Majestades, compadecidos del sufrimiento por la escasez y problemas habituales que agobian al hombre, resolvísteis darle cuanto apetecía. Al cabo de cierto tiempo, sorprendidos, comprobábais como el mundo que cabía suponer feliz, estaba nuevamente sumido en la tristeza y en la desesperanza. La causa era que al obtenerse, como por magia, todo lo deseado, desaparecía la ilusión. Y es que para mantener viva su llama —la de la ilusión— tienen que existir obstáculos, dificultades, metas lejanas y evanescentes, huidizas como fantasmas... No es tan importante conseguir algo. Llegar a un final, como que ese final problemático, ese algo, exista en nuestro horizonte atrayéndonos hacia él, llamándonos permanentemente, seduciéndonos con su llama rutilante y sugestiva, con su fulgor de eterna estrella...

Debo confesar, con sinceridad, que tengo el contradictorio y unamuniano sentimiento trágico de la vida, aunque a veces éste se vea arrinconado por ráfagas de optimismo. Por ello, Majestades, no pido la imposible regresión a la juventud, que hoy resultaría anacrónica y «demodé»; ni tan siquiera un mundo perfecto donde la existencia sea cómoda, pues creo que la perfección solo es posible cuando la obra se acaba y concluye, y lo más interesante y emocionante de la vida es que está siempre por hacer, en perpetuo trance de evolución superadora, os pido, tan solo, que sigáis manteniendo encendida esa antorcha de la ilusión en nuestras mentes; que seamos siempre capaces de cobijar esperanzas, deseos, motivaciones para seguir adelante luchando y tratando de llegar a la lejanía donde se nos aparecen. Así llenaremos nuestra existencia de un quehacer ilusionado porque, con frecuencia, lo realmente bello, interesante y auténticamente válido, es caminar... El final del trayecto, la estrella que nos movía con su brillante y sugestiva luz podría ser, a lo mejor, solo un humilde candil, a quien la distancia y nuestra imaginación daban su mágico fulgor, su excitante atractivo.

Miguel Molina

Revista ARACELI Nvbre-Debre 81.